XVIII.

Este es el sitio pintoresco y grato
Donde ella busca, en el ardiente estío,
La calma y el frescor del bosque umbrío,
O la inocente ocupacion del hato.

Aquí de la ciudad olvida el trato;
Y trisca y corre con gallardo brío,
O allá en los brazos del sonante rio
Se entrega á sus placeres sin recato.

Allí el nogal está, donde sencilla
Grabó su nombre; allí la que su frente
Coronó, matizada maravilla....

Mi dicha ¡oh sitio! fuera, del torrente
Venir con ella á la escarpada orilla,
A respirar tu perfumado ambiente.

XIX.

Fugaz entre begonias se desliza
El límpido arroyuelo que desciende
Del alto Ajusco, y que su curso extiende
Por las lomas que riega y fertiliza:

Allí de la canícula suaviza
Ella los fuegos que el calor enciende;
Y cual ligera ondina se suspende
Entre las aguas que al moverse riza.

¡Oh venturoso plácido arroyuelo
Que el cuerpo celestial has abrigado
De aquella que de gracias es modelo,

Que no enturbie tus aguas el ganado,
Que serenas reflejen siempre el cielo
Y las flores que crecen á tu lado!

XX.

Ave canora, que en la verde rama
Del mustio sauce que á la márgen crece
Del arroyuelo que sus aguas mece
Entre violetas y menuda grama,

Cantas del sol á la ardorosa llama
¿Por qué tu canto mi penar acrece?
¿Por qué tan melancólico parece
Tu dulce trino al corazon que ama?

Como yo abandonada, ¿es tu destino
Expresar tus congojas en tu canto?
¿Es la voz del dolor tu dulce trino?....

Ya sé que es como el mio tu quebranto....
No me abandones, pues, en mi camino;
Sé tú, al ménos, testigo de mi llanto.

XXI.

Sola en el árbol que te da su abrigo,
De aquestas selvas á los raudos vientos
Triste entregas la voz de tus tormentos,
Sin que haya un ser que te responda amigo.....

Mas no tan sola estás, que hay un testigo,
Cuyo pecho conmueven tus acentos,
Que devorado por pesares lentos
Llora sus penas á la par contigo.

No interrumpas tu queja lastimosa;
Las selvas con tus ayes importuna,
Miéntras que lucho yo con la azarosa,

Que en parte me tocó, negra fortuna,
Y á esta corriente clara y bulliciosa
Mis lágrimas se mezclan una á una.

XXII.

Rosa que ayer al sonreir la aurora,
Te mecías al soplo del ambiente,
Empapando en las aguas de la fuente
Las blandas hojas que el carmin colora,

¿Por qué en el suelo sin aroma, ahora
Marchita ostentas la divina frente,
Tú que bebiste ayer la llama ardiente
Del Sol de Mayo que tu muerte llora?

Pobre Rosa! tu vida fué de un dia;
El viento de la noche borrascosa
Te robó tu hermosura y gallardía,

Como la mano de mi suerte odiosa
Arrebató á mi pecho la alegría,
Secando mi esperanza. ¡Pobre Rosa!

XXIII.

¿Por qué hoy el Sol paréceme mas claro,
El viento mas süave, y de las flores
Mas gratos los purísimos olores;
Y es á mis ojos el pensil mas caro?

¿Por qué mi corazon, que el desamparo
Hundió del desaliento en los horrores,
Libre hoy de acerbas penas y dolores,
Tanto por disfrutar se muestra avaro?

Porque al nacer la esplendida mañana
La ví del huerto en la revuelta senda
Clavar en mí sus ojos con dulzura;

Y de mi mano recibir ufana
La flor que presentéle, como ofrenda
De un amor que ella juzga amistad pura.

XXIV.

Por el viejo Peñon se alzó el nublado,
Y ya la frente del Ajusco envuelve;
El viento sopla, y con furor revuelve
La copa del nogal que la ha abrigado:

El arroyo sus aguas ha engrosado,
Y ya torrente rápido se vuelve,
Y el dudoso cabrero se resuelve
A recojer su tímido ganado:

Déjase oir del trueno el estallido;
Su preciado nogal el rayo hiere,
Y llora ella, si mira sus despojos:

Así mi corazon su amor ha herido;
Pero ménos feliz, si amando muere,
No deberá una lágrima á sus ojos.

XXV.

Cuando el Sol se reclina en Occidente,
Y su vuelo suspenden las cornejas,
Y el pastor recogiendo sus ovejas
Al aprisco las lleva lentamente;

Sentado de la loma en la pendiente
Miro que de la vega tú te alejas,
Y que impregnada la campaña dejas
Con el olor de tu aromado ambiente:

Te sigo hasta tu hogar; y allí la lumbre
De tu mirada celestial se oculta,
Hundiéndome en mi negra pesadumbre,

Como el mundo entre sombras se sepulta,
Hora que el Sol tras la elevada cumbre
Desaparece de la sierra inculta.

XXVI.

¡Cuántas veces aquí las virginales
Miradas de la luna encantadora,
Me han contemplado triste, como ahora,
Repasando la cuenta de mis males!

De mis ojos han visto los raudales
Mezclarse á la corriente bullidora,
Y ha venido á alumbrar la dulce aurora
Del insomnio en mi rostro las señales....

¡Oh Luna! astro de paz y bienandanza,
Cuando ella á contemplarte el rostro eleve,
Dile que hay un mortal sin esperanza,

Que en sus miradas su desgracia bebe,
Que ni olvidarla, aunque lo intenta, alcanza,
Ni á revelarle su pasion se atreve.

XXVII.

¿Quién es el jóven perfumado y bello
¡Oh Laura! que contigo he visto solo?
Esbelto es él como como el antiguo Apolo;
Tiene griego el perfil y erguido el cuello:

El profuso y finísimo cabello
Da sombras á su rostro, que formólo
Con perfeccion amor, y distinguiólo
De varonil belleza con el sello;

Mas contempla sus ojos; ¿esa llama
De viva inteligencia esplendorosa
Ves en ellos lucir ¡oh Laura! dime?

Quien tiene ese mirar, ni piensa, ni ama:
La estatua es de Pigmalion hermosa,
Antes que el fuego celestial la anime.

XXVIII.

Eres esbelta, como palma airosa;
Ligera, como corza en la llanura,
Y es flexible tu mórbida cintura,
Como los blandos tallos de la rosa.

La mente absorta te contempla ansiosa,
Que seduce y cautiva tu hermosura;
Y un mundo de deleites se figura
Al verte en actitud voluptuosa.

Por eso cuando viva, inquieta, ardiente,
Y en el placer del baile enagenada
Alzas gallarda la soberbia frente,

Para aquel que con vista fascinada
Sigue tus movimientos impaciente,
No eres una mujer, sino una hada.

XXIX.

Hierve en las copas espumoso el vino;
La turba alegre sus cantares lanza;
Giran las bellas en revuelta danza,
Ya descompuesto el rostro peregrino:

Entregado en los brazos del destino,
Mas de un favor el amador alcanza,
Y mantiene en su pecho la esperanza
El dulce halago del placer divino:

Todo es delirio, frenesí, locura;
Los rostros arden, y palpita el seno;
Crujen los besos, y de amor se apura

Hasta las heces el mortal veneno....
Huye, mi amor, que de la fiesta impura
No empañe tu candor, el negro cieno.

XXX.

Deja ¡oh Laura! la sérica mantilla
Que avara oculta tu divina espalda,
Y el preciado diamante y la esmeralda
Que forman tu valiosa gargantilla:

De blanco y leve lino con sencilla
Túnica cubre la graciosa falda,
Y adorna tu cabeza con guirnalda
De rojo mirto y fresca maravilla.

Para agradar, de espléndido atavío
No necesita tu sin par belleza;
A ella le dàn su encanto y poderío

Las gracias que te dió naturaleza;
Que en todo lo que es bello, ídolo mio,
Miéntras mas sencillez, hay mas grandeza.

XXXI.

¿Lloras, Laura? tus lágrimas divinas
Ese lienzo que bordas, han regado,
Y el brillo seductor han empañado
De tus frescas mejillas purpurinas.

¿En la senda tambien por dó caminas,
Las pálidas congojas se han sentado?
De tu dicha envidiosas, han sembrado
Del dolor, á tu paso, las espinas?

No, Laura, no es posible que te hiera
Adversa suerte á tí: será ese llanto,
Que anubla tu mirada placentera,

Y que mi pecho ha conmovido tanto,
Como de Abril la lluvia pasajera,
Tras la cual brilla el Sol con nuevo encanto

XXXII.

Feliz quien retirado del bullicio
De la ciudad y del comercio humano,
Busca dulce sosiego, en el lejano
Cortijo, libre de dañoso vicio;

Y allí se entrega al útil ejercicio
Del labrador, que al recojer el grano,
Bendice aquella providente mano
Del Dios que premia su labor propicio.

No le devora allí la sed del oro,
Ni la vana ambicion su pecho irrita,
Ni el ciego amor su corazon oprime:

No busca las riquezas con desdoro,
Ni al crímen el poder lo precipita,
Ni su razon avasallada gime.

A LAURA CANTANDO.

No ceses, no; que tu divino acento
Eternamente en mis oidos suene,
Grato, mas grato que el murmurio blando
Del manantial perenne
Es al cansado caminante incierto,
Cuya esperanza moribunda anima
En el seno ardoroso del desierto.
No ceses, Laura, no; que tu armonía
Embargue con su encanto mis sentidos:
Quiero probar los goces de la gloria;
Y un recuerdo de plácida ventura
Grabar quiero con fuego en mi memoria,
Tras dilatados años de amargura.